

dolores que nos purifiquen y galernas que nos exterminen; egoísmos que nos hagan rebeldes y pequeñeces que nos hagan erguirnos hasta tocar con la frente en los cielos.

Santander.

### RÍA ABAJO

Más que en rauda carrera, en vestiginoso desplome, pasaba el tranvía por delante de la gallarda fila de hoteles, amenazando convertir en astillas su frágil armadura contra los muros de los jardines, sobre los cuales asomaba entre frondosidades lujuriosas la magnolia su amarillento cáliz.

Una brisa acre, perfumada, fresquísima, traía hasta el pulmón abrasado las emanaciones salobres del mar. La ría, resplandeciente y surcada por centenares de barcos, ondulaba sus bullones de plata bruñida. El horizonte parecía desvanecerse en una tonalidad gris y luminosa, en la cual las chimeneas de los vapores y de las fábricas arrojaban, con el grito victorioso de las sirenas, el vaho caliente y brumoso de sus candentes entrañas de hierro.

Quedé atolondrado: era todo aquello demasiado hermoso para ser comprendido de pronto y en bloque. Pero todo podía compendiarse en dos palabras: movimiento, vida. ¿No serán las dos una sola? Vida exuberante, intensa, fecunda. Como el viejo cantor de las églogas, sentía en la garganta vibrar el diti-rambo, y en los trémulos labios palpar el himno.

—Vea usted—me dijo bruscamente mi compañero de viaje—: la riqueza, la civilización, el progreso, la *Trimourti* moderna, parece divinizarse en este emporio de adelanto y cultura. Y, sin embargo, el malestar cunde, la paralización es notoria, la crisis se hace cada vez más aguda, y pronto ha de traducirse en protestas amargas, como ahora concrétase ya en lamentaciones estériles.

—¡Cómo!—prorrumpí contrariado en mis sentimientos más hondos—. ¿Bilbao siente que su vida decae, y en su campo verdegueante se oprimen los bosques, y en los bien olientes cercados redondean su bulba los frutos, y en su seno de acero ni el agua se acaba ni el mineral se agota? ¿La riqueza es menor, y en todas partes alza la industria nuevos y maravillosos alcázares, y por doquiera surcan las faldas de los montes, como festones movibles, trenes que, al desperezar sus anillos, lanzan al espacio la alegre fanfarria del triunfo? ¿La navegación está en crisis, y los barcos ponen en contacto sus lomos, y se agrupan junto á los muelles, y se columpian en la ría, y muestran el color del oro en sus pabellones, junto al rojo, que parece simbolizar el noble ardimiento de Vizcaya? Permítame usted que dude de ese supuesto decaimiento ante demostraciones tan notorias de vida, de adelanto y de prosperidad.

—Amigo mío—contestó fríamente mi interlocutor pesimista—, siempre que viene aquí un escritor de los que llamamos (no se moleste usted) *maketos*, lo primero que hace es coordinar la oda consabida. Las estrofas son perdurablemente las mismas: no varía ni el tono empalagoso, ni los adjetivos resobados y huecos, ni el estilo aparatoso, propio del Polo-

nio de *Hamlet*, cuando no del muchacho que mueve en el retablo de Don Gaiferos á la preciosa Melisendra. Bilbao es culta, magnífica, incomparable, europea. Nosotros obsequiamos al bienaventurado, y él parte satisfecho, convencido de que ha visto algo más que las chimeneas, las vagonetas y las aguas verdosas de la ría. En punto á verdaderas necesidades, medios de satisfacerlas ó resolver problemas más hondos, ni ellos conocen obra de provecho, ni nosotros se la enseñamos, convencidos de que nuestro esfuerzo únicamente nos puede salvar, pero que nada podemos esperar de los redentores de fuera, ni mucho menos de los *maketos*.

—¿Es usted bilbaíno?—pregunté de pronto, como llevado de un deseo invencible de devolver censura por censura, reproche por reproche, acusación por acusación.

—No—contestó ; pero es lo mismo. Sé bien que hay que establecer y señalar la línea divisoria entre los de aquí y los de fuera; entre los que conservan el culto de lo tradicional y los que vienen á destruir los más sólidos vínculos; entre la riqueza verdadera y la falsa, entre las alabanzas sinceras y las que no lo son.

—Pues bien—dije ya amostazado—: sepa usted que los bilbaínos no piensan así; que saben perfectamente discernir cuáles son los problemas que atañen á la producción de la riqueza (que su Bilbao no está en crisis), los de su circulación (que lo está, en lo que á la navegación se refiere, de un modo transitorio), y los del consumo y repartimiento, puestos en estudio en todo el Universo con carácter social; que alabanzas y censuras siempre son meritorias cuando

están inspiradas en la razón y en la buena fe, y que lo que más enaltece á la gente vasca no es un exclusivismo funesto de raza no es el odio á la fraternidad entre los hombres, sino su amor á la cultura universal, su orientación moderna, su ansia de libertad y su afán de comunicarse con todos los pueblos que estudian y trabajan y viven.

—Mire usted—proseguí con el entusiasmo de un catequista, señalando el puente de Vizcaya, que se proyectaba en el horizonte sobre el azul del cielo como una inmensa afirmación de encaje—: vea usted cómo ya Bilbao no levanta murallas, ni rodea de fortificaciones sus costas, ni construye siquiera sus puentes con la arquitectura granítica que cierra el horizonte y merma la luz. Sus mares son abiertos á todos, como el corazón de sus hijos; no son cerrados sus jardines, para que todos perciban sus aromas y gusten sus frutos; sus barcos enarbolan la enseña de la Patria grande y gloriosa; sus sabios pertenecen al Mundo; su labor, á la Humanidad. Y ese puente de tramo gigantesco, de caladas y elegantes pilastras, en las que nada sobra, porque todo responde al fin que las supo elevar desde el plinto, no es angosto, ni ruín, ni mezquino, sino grande, elevado, anchuroso, rasgado y abierto, para que, bajo él, puedan navegar todos los vapores y entrar en busca de cariño y de fraternidad todos los *maketos*.

Anocheía; la última claridad del crepúsculo coloreaba con llamaradas de luz rojiza las chimeneas del Desierto, hirvientes en chisporroteos que se esparcían en ígneos ramilletes, mientras las aguas ondulaban y se erguían en crestas espumosas y azules. En la bahía desplegaban sus velas bandadas de lan-

chas, como blancas gaviotas. Un grupo de obreros pasó cantando. Y yo me descubrí ante Bilbao la grande, ante su ría, ante su riqueza, su espíritu libre, su tolerancia y su cultura, capaces de vencer todos los contratiempos, resolver todos los problemas, conjurar todas las tormentas y asentar, pese á los enemigos de Castilla, de una vez para siempre, las bases de la prosperidad de sus hijos y de la justicia social.

### BAJO EL ROBLE

He soñado. Apacible el semblante austero, desnuda la venerable cabeza, ceñida la sien canosa de laureles y mirtos, ha descendido de la cumbre para acercarse á besar por última vez el suelo de la Patria.

Su paso ha sido ritmo; su rostro, armonía. Su frase ha resonado vibrante, como cumple al cantor de los valles, al educador de los pueblos, al genial y modesto Iparraguirre.

Y ha llegado hasta el roble, de hojas siempre tempranas, de raigambres hondas, de gallarda y espesa cima; y allí se ha postrado, como cantor de glorias que fueron, como vate—es decir, adivino—de auroras que serán.

He escuchado sus frases, tiernas y sencillas; he oído el parafraseo del obrero de la yugada, de la tierra fecundada con sangre de hombres libres, estremecida por el grito guerrero del *Ijuajac*.

«—Arboles fueron los primeros templos, y lo serán los últimos. La cadena de la verdad, que acaba en la razón, comienza en el instinto. Sólo ella puede unir al cosmopolita y al celta.

Postraos ante el árbol que, si ha sido el primer fetiche, será, de seguro, el último símbolo dendlátrico. Prosternaos ante la Naturaleza, que nunca se acaba; ante la fortaleza, que nunca desmaya; ante la fecundidad, que jamás se agota.

¡Oh, Árbol de Guernica! Bendito tú eres en el corazón vascongado. Extiende tus ramas y tus frutos por todo el Universo, en tanto que te damos culto y reverencia de hinojos.

Bajo tu sombra benefaciente, los hombres han escondido el odio; ese odio ha de morir. Inspirado en tu magnificencia, lo he dicho: Tus dones no son solamente para Euskalerría, sino—sabello bien, egoístas, para todo el Orbe—*munduan frutuá*.

Para el Mundo, para todos los hombres, para los desterrados de la Dicha, para los ilotas, para los párias, para los condenados de por vida á labor y dolor.

Los tiranos contra quienes fulminas cuando la nube se condensa y el rayo parte, no son sólo los déspotas, sino los explotadores de la conciencia y de la voluntad, los fariseos y los acaparadores de honores y riquezas.

¿De qué sirve separar el mandoble cuando nos amenaza el peso del cetro, cuando se sufre el golpe del báculo? ¿De qué apartar la espada del caudillo cuando no se esquivo el bastón del magnate?

Libertad; pero Libertad para todos; no para los que viven á la sombra de un ábside. Emancipación;

pero no sólo del Monarca, sino del dogmatizador y del dueño del feudo. Aquel que entona mis estrofas tiene que modularlas hasta el fin.

Y ese fin es glorioso, sublime, como predicho por labios puros y señalado por manos callosas, como destinado á acabar con todas las impurezas y con todas las tiranías.

Como llamado á anonadar á los falsos apóstoles de verdad, que escupen sobre la idealidad su asquerosa baba, como sobre el fruto en sazón el gusano.

¡Oh, Árbol fecundo, generoso y bendito! Es preciso agitar tus ramas para ahuyentar los cuervos que se guarecen en la hojarasca; para orear tu tronco, rodeado de mefíticos miasmas y de vapores de corrupción.

Enseña gloriosa: rechaza á los que pretenden hollar tus raíces. A tu nombre no puede asociarse otro nombre, ni de réprobo ni de santo, que el de la fraternidad de los hombres y la liberación de los pueblos.»

Bilbao.

### UN BOSQUE MENOS

Llegaron los salteadores. ¿Quiénes sino malhechores pudieran osarlo? Llegaron cautelosamente, abriéndose paso por entre las bravías y selváticas soledades de la sierra de Cuenca, y á no haber error en los oficiales informes, en solos cuatro días talaron y sus-

trajeron *setenta y siete mil árboles robustos*. Las cantadas hazañas de Hércules, los trabajos ciclópeos de la Mitología oriental, quedan nublados por ese alarde de presteza y de poderío. Es un bosque entero el que emigra, el que huye, como en las baladas germánicas, precipitando sus fantásticas sombras á la luz de la Luna. Hay que figurarse el ejército entero de Oberon manejando sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe; ha de fingir la fantasía los añosos troncos desplomándose á centenares sobre los lechos de las bacantes, mullidos de margaritas silvestres y azules clemátides; hay que representarse á los faunos huyendo á través de la selva, enredando en los tupidos ramajes sus látigos de mirtos, y percibir los ruidos del incesante y sordo golpeteo y de los troncos seculares que se derrumban, asustando á las aves nocturnas y á las espantadas alimañas, sorprendidas en el reposo de una noche augusta y nupcial.

Y, después, hay que imaginar más. Hay que reconstruir la fuga de los musculosos titanes, en carrera febril, soportando en sus hombros la prodigiosa carga; reproducir su jadeante resoplido, el ruido de sus pasos veloces sobre el césped, quebrantado las minúsculas ramas secas y hundiéndose entre la amarillenta hojarasca; hay que pedir á la retina que nos copie el ejército de colosales sombras, precipitándose en huída fantasmagórica; y todo ello acompañado de raudos aleteos y crujientes chasquidos de ramas truncadas en sus yemas, y de insectos que zumban, y reptiles que se deslizan, y de hojas arrolladas por el torbellino del viento, hasta dejar las extensas planicies yermas, sobre las cuales, algunos solitarios su-

pervivientes de aquella profanada flora proyectan á la luz de los astros su negra y áspera silueta.

No: no han sido los hombres quienes han realizado ese portentoso de destrucción: han sido genios y semidioses; han sido los ejércitos de Titania, las huestes aquilónicas, las potentes legiones que se cernieron sobre el vendaval. Cuatro días son pocos para hacer desaparecer bosques enteros sin que nadie, ni ingenieros, ni guardas, ni paisanos, hayan podido ver arrancar siquiera un miserable abeto ni trasladar un naciente arbusto. No: los hombres no han sido. Ellos sentirán pesar verdadero al mirar cercenados los troncos, arrancadas de cuajo las raíces, despobladas las apacibles florestas, convertidas en yermos vertientes y cañadas. Ellos, de seguro, no han sido, como no fueron hombres los que despedazaron el Coloseo, ni arrancaron los frisos del Partenón, ni mutilaron á la Venus clásica. Si no fueron titanes, fueron fieras.

Hay mucho doloroso en esa destrucción vandálica. Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino á Cibeles, y á Júpiter la encina. Todos sentimos algo grande é inexplicable al hallarnos perdidos en la imponente soledad del bosque; parece que, sobre nuestras cabezas, eleva la Naturaleza fecunda sus brazos extendidos al cielo tachonado de centelleos; todos, en fin, llevamos en la memoria la silueta de un árbol grabada con indelebres líneas de fuego. Árboles fueron los primeros templos, y lo serán los últimos. Porque en ninguna parte como en el bosque nos sentimos á solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías,

sentimos palpar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

No: no ha sido el hombre: ha sido Oberon. El hombre se consterna ante el espectáculo de su patria asolada, estéril, barrida por los huracanes y las tormentas, arrasada por los torrentes, arrojando á sus costas abruptas el inagotable tesoro de sus manantiales polvorientos. Se estremece al mirar las calvas planicies, en donde se estanca el aire envenenado, sin que pueda purificarse en el pulmón anchuroso de la selva; se aflige ante las lluvias torrenciales y los cierzos sin valladar, y se conmueve ante la miseria de las aldeas con sus negros hogares sin lumbre y sus reses famélicas sin nutritivo y refrigerante pasto. El hombre no se complace en malbaratar la herencia de las generaciones que fueron para legar como único peculio la miseria y el infortunio á las generaciones que han de venir.

Y si por acaso han sido los hombres, esos hombres no son campesinos. Porque el campesino se ha mecido, á la sombra del roble, en las temblorosas rodillas del abuelo, que echó su semilla y podó sus ramas, y ha buscado en los días de disanto la vecindad del nogal ó la encina para solazarse junto á la fuente, despertando en su corazón los secretos impulsos de la pasión primera; y ha grabado en alguna corteza rugosa el nombre de una mujer ó la fecha de un día; y ha soñado con envejecer bajo las ramas del mismo castaño, que fué testigo de sus primeros lloros, y lo será de sus últimos balbuceos.

En las asoladas anfractuosidades de la sierra conquense, volverán á surgir nuevos tallos, crecerán vi-

gorosos troncos, sonará el estallido de las yemas y los ramajes; cruzándose otra vez, formarán las secretas umbrías y las bóvedas anchurosas de matizado verdor. El bosque habrá brotado de sus propias cenizas; Dodona verá reconstruidos sus alcázares tapiados de musgo, y por entre las hiedras, se regocijarán nuevamente silenos y driadas.

El rumor de la vida mezclará una vez más sus conciertos al murmullo del agua al saltar en los pedregosos cauces. Por entre los ramajes tenderá sus regueros de luz el astro nocturno. Pero los titanes no volverán. No tornarán los genios de Oberon á levantar sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe. Debemos creerlo; hay derecho á esperarlo. Si quiera por honor de la Especie.

Cuenca.

### AGUILAS Y LEOPARDOS

Tal vez el amor á las cosas viejas es sólo un tácito llamamiento. Hemos doblado la cumbre de los años, y sentimos que se nos va la alegría, que es la esperanza en el propio destino, y que oscila muriente en nosotros la llama del amor, que ha alumbrado el porqué de la vida.

Por eso, frente á los horizontes abiertos, incendiados por crepúsculos melancólicos, ante la vega perfumada por los tomillares silvestres, junto al cauce bordeado de juncias, refrescado por auras del Moncayo, que llevan en sus gamas eólicas tin-

teos de esquilas lejanas y gritos de pájaros errabundos, la vista se aparta de las verdequeantes praderas, de las filas de chopos hieráticos, de los cirros que semejan vellones y del espacio azul abierto como un transparente fanal, y se vuelve hacia el caserío par-duzco, sobre el cual se destaca la torre, solitaria, adusta, con la grandeza de las cosas que se sobreviven y que llevan impreso en su misma decrepitud un rancio abolengo.

Y es una torre firme, hermosísima, señorial. Son sus proporciones armónicas; su ornamentación, delicada y sobria; esbelta y delicada su reciedumbre. Tal vez no se alce otra más bella en toda la comarca. Y esa torre no está descrita en guías ni ensalzada en obras de Arquitectura ó recreación. La rodea el olvido, como á esa águila imperial de dos cabezas y amplias y recortadas alas que muéstrase en ella prepotente entre dos escudos.

Difícilmente podrá ser admirada en parte alguna muestra tan acabada de la espléndidamente lujuriosa explosión del Renacimiento. Sobre la primera y severa imposta, en el segundo cuerpo, una amplia ventana cúbrese con un bello frontón triangular, y se rodea de muy delicados festones. A los lados, esculpidos con incomparable delicadeza, aparecen los escudos del Imperio y de Camarasa, y encima está el águila, sobre la cual, y bajo un friso de bellos grotescos, léese esta inscripción: «En el tiempo de Su Majestad el Emperador Carlos V de Alemania y Doña Leonor de Mena, se construyó esta torre, y se terminó en Septiembre de 1500.»

Suben, junto á las firmes y rectas aristas, dos franjas soberanamente esculpidas, y en el segundo cuerpo se

abren gallardos tres arcos gemelos, separados por delicadas y airosas columnas. Delante, un balcón con barandillaje de piedra avanza en elegantísima curva. Arriba hay dos medallones y varios motivos del arte más exquisito y sincero. Por fin, una balaustrada delicadísima cubre la obra total, ornada con pinabetes y rodeada de salientes y fantásticas gárgolas.

Toda la majestad, todo el fausto severo de los primeros Austrias, está en esa torre opulenta, olvidada de todos, aun de los sucesores de aquellos que yacen en la revuelta cripta, agrupados sus huesos por la piedad de un capellán obscuro. Un día remoto debió cubrir sus restos un panteón de mármol, truncado y adosado después á uno de los muros. Allí están los primeros Camarasas, representados en inspiradas figuras yacentes, frente á un púlpito gótico de indiscutible mérito, calado á forja. No es posible descifrar la incripción formada de trozos de la primitiva. Todo allí indica olvido, abandono por parte de los descendientes de tan noble é ilustre casa. Las columnas, los haces que forman las bóvedas han sido pintados de un gris abominable; encalados los muros, cubre á medias el yeso los leopardos de los capiteles. En medio de un pueblo activo é inteligente que renace, sólo aquel templo muere, agobiado por la pesadumbre de las glorias pasadas, que se han desvanecido con el tiempo, como en el aire el polvo de las eras.

Los campos se alegran con la blonda ondulación de la mies. Por la vía pasa, trepidante y veloz, el tren, que ha unido, más que ningún enlace de reyes, las dos Castillas. En la escuela, limpia, ventilada, alegre, grandes carteles piden á los niños respeto para el árbol y el pájaro, prevención contra la tuber-

culosis y el alcoholismo. Bajo las frescas y apacibles olmedas parecen resonar los coros jocundos de la cercana Fiesta del Arbol. Pero la torre se despedaza, y parece esperar inmóvil el definitivo acabamiento, la irremediable ruina en que truéquense en polvo, con las cruces de los Camarasas, las águilas caudales de Carlos V.

¡Quién sabe! Acaso todo ello es necesario para que el mundo encuentre su fuente de Juvencio. No resucitan las formas caducas, ni tornan á su cauce los ríos. Un día, los poderosos dieron su fortuna, no sólo á la Iglesia, sino también al Arte, á lo que entonces representaba civilización y progreso. Hoy lo dan á los jesuitas para que levanten casones informes y anties-téticos en que se incube la severa protesta contra los ideales que se divorcian del sentimiento y de la razón.

Por eso, á pesar suyo, se construyen mercados, y estaciones, y palacios, y jardines, y fábricas; y se alza sobre ellas el pararrayos, y se esculpe en su frente el saludo á las futuras auroras. Y por eso quedan tan tristes y tan solitarias esas joyas del Renacimiento, que recuerdan estados de alma tan olvidados y tan muertos como el águila de la torre y el leopardo del capitel.

Morón de Almazán.

### MONUMENTO NACIONAL

Alumbrados por el azulado y espléndido fulgor de la Luna llena que bañaba la vega, y las aguas del río, y las breñas y los ribazos con placidez serena y ro-

mántica, subimos las cuestas de Toledo, silenciosa, calladamente, sobrecogidos por la emoción, como si cumpliéramos un sagrado rito. Mirábamos á un lado las hoces, los precipicios tajados á cercén; mas lejos, los floridos cigarrales geórgicos, las viejas ermitas, en que la tradición plegó sus alas para adormirse al arrullo de los inspirados romances.

Ante nuestros ojos atónitos apareció el puente flanqueado de torres, evocador de siglos de hidalguía, entre cuyos pretils parecían desfilar guerreras mesnadas; pasamos con unción ante la puerta vetusta de Visagra, contemplamos el torreón de los Abades y llegamos á la ciudad.

Eramos pocos los excursionistas: Giner, Cossío, Olóriz, un Silvela y quien estas líneas escribe. Subimos la cuesta recitando versos de Allghieri, de Carducci, del Arcipreste, del Romancero y de Zorrilla. No hay noche igual en mis recuerdos. Después de vagar por la ciudad encantada, de evocar sus glorias de transportarnos á las más sublimes regiones del Arte, recuerdo haber preguntado en aquella mi primera visita á Toledo:

—¿Por qué no declara el Gobierno á esta ciudad de ensueño, que debiera ser intangible, monumento artístico nacional?

He aquí que, al cabo de los años, una juventud entusiasta pide esa declaración oficial para salvar de la profanación el imperial recinto, y un periódico de Toledo demanda en tal sentido su cooperación á los cronistas madrileños. Sospecho las complicaciones que, en el orden civil jurídico, tal medida pudiera acarrear. Sean las que ellas fueren, la medida debe ser adoptada cuanto antes si no se quiere que Toledo

pierda su sello incomparable y único. Sería para España una gran vergüenza que no protegiera su tesoro de piedra, como lo han protegido Brujas y Nuremberg. Toledo es una reliquia que no puede ser profanada; pero no este ni el otro monumento, sino todo Toledo, que necesita conservar su carácter, su pátina, su sugestión poderosa, ideal. ¿Queréis otra ciudad moderna, opulenta, industrial, confortable? Levantadla allá abajo, en la llanura florecida en que el río desata sus meandros y reverbera á los rayos del sol de Castilla. Pero dejad á Toledo, la sublime, la magna, conservar su prestigio eterno, su diadema astística, su cincelado cetro, ante el cual se postran, estremecidos de fervorosa unción, los espíritus que aletean.

Adusta ante los roídos sepulcro romanos; recia en las puertas militares, en los restos de sus murallas y en el castillo de San Servando; potente en el Alcázar; soñadora en el Cristo de la Luz y en Santa María la Blanca; fervorosa y plena de místicos transportes en San Juan de los Reyes y la Catedral; primorosa en la torre de Santo Tomás y en las construcciones mudéjares; embelesadora é inspirada sienpre en sus zocos, en sus callejas, en sus recovecos y en sus viviendas señoriales, Toledo es siempre la ciudad del ensueño; es además el alma de la vieja Castilla, señora del mundo, educadora de los hombres, reveladora de los dioses, primogénita de la inmortalidad. Sus hombres son los nobles caballeros del Greco, cuyas manos tienden siempre á la izquierda del pecho para jurar, ó á las guardas de la tizona para combatir, en cuyos ojos relampaguea el legítimo orgullo, la austera dignidad de la Raza. Sus hembras son dignas sucesoras